

Gustavo Zubiate Castillo.

Una entrevista con Mr. Sherlock Holmes

Capítulo II

El policía a quien hice la confidencia de la claridad con que analizaba los problemas después de mi primera visita al museo y que había notado mi extraño comportamiento emocional, llegó a la conclusión que yo actuaba de la misma manera que lo hizo otro en años anteriores y me dijo en el tiempo que llevo trabajando han ocurrido ciertos hechos que no tienen una explicación como fenómenos naturales y cotidianos, que parecen acontecer con determinadas personas y en circunstancias muy especiales, que se repiten cada diez o más años. Le voy a relatar por ejemplo este caso.

Había una casa muy antigua aquí en la ciudad de Londres en la avenida Picadilly, perteneciente a una familia que por tradición se dedicaba a la venta de licores que eran importados desde Escocia, donde se encontraba la fábrica de una firma muy acreditada. El negocio había sido siempre próspero y a los miembros de la familia les permitía tener una cómoda renta anual y desempeñar otras ocupaciones u oficios. Algunos de ellos se incorporaron a la marina o el ejército. Otros estudiaban en la universidad y obtuvieron títulos académicos con los cuales obtenían diferentes posiciones sociales, pero siempre era condición que algunos familiarizados con el negocio continuaran con él, sobre todo si preferían seguir en algo conocido en lugar de correr el riesgo incierto de emprender una nueva empresa.

Todo marchaba bien y nadie se quejaba de la decisión que cada uno había tomado. Lo que no había sucedido en varias generaciones aconteció un día: apareció la caja de caudales abierta y desaparecieron importantes papeles, valores y el dinero que correspondía a los porcentajes que debían asignarse a los miembros directos de la tradicional familia. Y lo peor, apareció muerta la hija del principal ejecutivo.

A unos dos metros de distancia de la caja fuerte estaba el cadáver de la muchacha, una joven de unos 25 años de edad que, como único signo, presentaba una equimosis alrededor del cuello que le dejó un cordón con el cual había sido estrangulada. Los mejores detectives de la Scotland Yard habían sido asignados para descubrir el asesino sin tener resultado durante más de ocho años.

Uno de ellos casualmente, durante sus vacaciones visitó el museo, siguió la rutina que efectúan todos los visitantes: observar los objetos, tomar algunos libros, leer títulos de los mismos, pasar rápidamente la vista por las páginas, sentarse unos instantes en el sillón que está junto al hogar y sentir la agradable temperatura del ambiente al aproximarse la estación del invierno y ponerse el clásico sombrero.

El detective cuenta que, en estas circunstancias, volvió a su memoria el caso del crimen que le he referido y que se le había encomendado y asignado hacían ocho años. Empezó a hacer deducciones que no se le habían ocurrido durante todo este tiempo transcurrido y pensó que tenía todos los datos que le permitirían, esta vez, seguir la huella con más exactitud para dar con el asesino.

Volvió al cuartel y revisó el expediente que se encontraba en el archivo clasificado entre los casos no resueltos hasta la fecha. En más de 50 sospechosos como funcionarios y miembros de la familia se encontraba un primo de la joven que había sido asesinada, que anteriormente había pasado por tres interrogatorios sin que cayera sobre él la menor sospecha. Se trataba de uno de los miembros de la familia que había escogido la profesión de manino mercante y cuya ocupación lo tenía mucho tiempo fuera de Londres, lo que le permitía hacer gastos dispendiosos en el exterior sin despertar sospechas y tener cuentas corrientes en bancos extranjeros. Estoy convencido que al detective le ocurrió algo semejante a lo que aconteció durante su visita al museo, concluyó.

En efecto despertaban curiosidad algunos objetos y antiguas piezas del museo, que procedían de la India, de la China, de lugares remotos del África fabricados por hechiceros de tribus. La relación de estos objetos con

otros instrumentos que habían permitido descubrir a los delincuentes, parecía que tenían un influjo que permitía hacer deducciones más claras con la mente. La manera de pensar tenía la lógica del razonamiento de un detective con gran experiencia. Los acontecimientos y hechos se disponían en la mente de una manera intuitiva, de la misma manera que se arma un rompecabezas cuyas piezas tienen una relación de continuidad determinada.

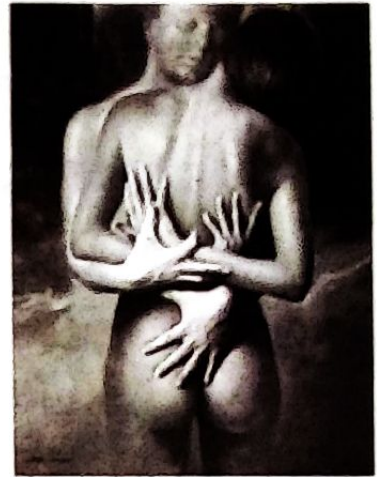
El guardia, que había terminado su relato y acababa de dar el último sorbo a su café, me miraba con una facies de asombro e interrogación, como preguntándose que perseguía yo al manifestarle que volvería al museo. Nos despedimos, no sin antes hacemos la promesa de encontrarnos nuevamente para sentarnos en la misma mesa y para platicar sobre los mismos temas, en mi próxima visita.

Volví con suma excitación a la mañana del siguiente día de mi encuentro con el policía. Esta vez mi visita tenía un propósito: intentar sentir una vez más el influjo de estos hechos y llevar conmigo alguna pieza de recuerdo. De manera que compré una lupa que por tener algunos signos de desgaste me pareció la más antigua.

Continuará



Cuando la noche



Cuando la noche se arrime
soñando
lulitudes vírgenes
entonaré caricias
dentro tus sueños
me vestiré de alas
desde el ardiente coloquio
de tus ojos.

Y cuando el alba se asome
-hierbas de tu esencia-
renaciendo
emprenderé caminos
entre tus senos
y mi huella,
me pudriré en los meandros
resonando
en el diáfano asombro de tu olvido.

Cuando tu lágrima se acuesta
sobre mi tierra yerma
emprenderé con las raíces
y el tiempo,
apuraré voraz mi partida
y tu piel
olorosa a yedra
por los envejecidos insomnios
en tu alcoba
me acompañará
desde la oruga del silencio.

Luis Rivas Alcocer. Escritor cochabambino